



Ciudad con Caballero al fondo

Alfonso Calderón

Mas bien en secreto, entre lluvia y viento, recontra esta ciudad mitológica que Jorge Teillier refundió, fue poblada y de la cual creó el censo de sus habitantes en páginas de libros. Quizás fue para él y para mí, que estuve viviendo en ese sótano entre 1937 y 1939, un refugio, al mismo tiempo que un alivio, al propio de los fines y poemas. ¿Qué había allí? ¿Qué instalaciones literarias tenían en las construcciones que alguna vez vivimos?

Por de pronto, era *La Isla del Tesoro*, obra que empezó a publicarse en *El Porvenir*, con ilustraciones del gran Coré, a fines de 1938, de Robert Louis Stevenson. ¿Recordamos el comienzo? “El Squire Trelawney, el doctor Livesey y los demás señores me han cargado de peso: por escrito me lo refieren a la ‘Isla del Tesoro’, de punta a cabo, sin dejar otra cosa en el mundo que la posición de la isla, y esto porque son quedos allí, ricos que no han sido robados. Por fin, pues, la pluma en el Ado de Gracia de L... y retrocedo hasta el tiempo en que mi padre era el dueño de la posada del ‘Almirante Benbow’, y en que el viejo navegante, de morosa y curtido rostro, cruzado por un salido, se acomodó como huésped bajo nuestro techo”.

No hay nada de tanto andadurero en la memoria. Eso era, después, nuestro Lantaro. Agreguemos, además, que en alguna cocina de Fir tanta, ajena a la historia, se escondía otro gran héroe de infancia, Herne el Caradoc. Todo iba consumiendo en la poesía del vivir diario: el alcohol, los braceros. Los secadores de nitrato, la línea del tren que dividía el pueblo en dos partes, y la pequeña librería en la calle principal, y la panadería de los Truán, el cine Vireo, la tienda de los Janos, el almacén de don Septimio Vallejo, el almacén de los Quinones, la platería de encico, que vivaban del arribo de las cartas. No obstante, también había páginas de libros en cada rincón.

Lantaro, el de Teillier, es también la poética y trágica novela de Francis James, Montaña de cinco ríos de cabecera de Joaquín Calverto Bellón, de *Los caminos de Ravago*, de Párriz Estrada, y de las historias de Peter Pan, quien, entonces, se llama Smeor, como cada niño de entonces, con qué fin correr, jugar, lejos de la casa, buscando, en valle del acorral, al mago de Dr. Los adultos creaban la casa común, como los diábolos Steven González, Rabal, o en coche, a “estrada”, más bien, como el doctor Jecaner. Charro y Ada tal vez cantaban: “Se van las casas viejas que están. Llegó el motor con su rugir...”. La luz de las calles daba a la oscuridad un aire londinense, el baje de 110 kilómetros, y deliraba, en la radio a Pedro Vargas, cuando se ponía a cantar “Mareca de cristal”, de Prieto Lecanda, o al radioteatro argentino (se oía muy bien desde Buenos Aires, por Radio El Mundo, o Splendid, o Belgrano que dejaba en suspenso el lagrimoso de Mocha Cans o las mil voces de Tomás Simari, o de Aníbal rubio).

Ciudad con Caballero al fondo [artículo] Alfonso Calderón.

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ciudad con Caballero al fondo [artículo]Alfonso Calderón.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile